



José de Jesús Núñez y Domínguez

“José de Jesús Núñez y Domínguez”

p. 273-278

Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)

Álvaro Matute Aguirre (selección de textos, prólogo y estudio introductorio)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/Fondo de Cultura
Económica

1999

480 p.

(Sección Obras de Historia)

ISBN 968-16-5584-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/364/pensamiento_historiografico.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



JOSÉ DE JESÚS NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ

LOS MÉTODOS MODERNOS
EN LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

NO VOY a exponer nada verdaderamente nuevo en este artículo. La novedad en materia de especulaciones intelectuales, cuando lo es efectivamente, se produce sólo muy de tarde en tarde, y lo que se nos presenta como tal no es sino una de tantas modalidades del pensamiento.

En materia de métodos para la enseñanza de la historia, el avance ha sido de los más lentos. La metodología histórica no ha producido a últimas fechas ninguna obra notable. Recientemente, no se ha aumentado esa bibliografía con ningún libro capaz, por ejemplo, de sobrepasar el admirable de Seignobos sobre *El método histórico aplicado a las ciencias sociales*. No existe nada más bella y diáfananamente expuesto, sobre todo ahora que la enseñanza de la historia se encamina por las rutas de la sociología.

Aún recurrimos a la clásica metodología de García Villada y a *La enseñanza de la historia*, de Altamira, y a la de Ernesto Lavissee. Todavía nos proporcionan útiles observaciones que nos facilitan las tareas de la cátedra.

Hinsdale, y sobre todo Xénopol, han sido durante la última década los focos que han atraído la atención de los profesores de la historia. La obra del eminente sabio rumano, que vino a establecer una nueva "teoría de la historia" y a sumar su caudalosa fuerza a los partidarios de la historia, considerada como ciencia, ha constituido un evangelio en que se cree a ciegas y que se propaga sin admitir réplica. Sin embargo, ya en estos tiempos ha aminorado la racha "xenopoliana" y ha declinado su influencia en la enseñanza de la historia, para ceder el puesto a un nuevo astro que se halla en el cenit de la filosofía. Hablo del genial Osvaldo Spengler, en cuya obra, *La decadencia de Occidente*, tan traída y tan llevada por todos aquellos que gustan de ir con la moda li-

teraria, expone su sistema de morfologías históricas comparadas, que “más que una metodología histórica, es un formidable método dentro de la filosofía de la historia, para cuyo manejo se necesita la clarividencia certera del pensador germano y su abrumadora cultura histórica, filosófica y sociológica”.

Por lo tanto, el método “spengleriano” podía ser la piedra angular de esta plática, pero no soy yo el indicado para exponerlo y tratarlo, ya que esto requeriría el concurso en varias conferencias de algunos de nuestros más ilustres filósofos.

Dejo consignado el nombre de “este hijo predilecto de Goethe”, porque en el primer tomo de la traducción española de su estu-penda obra, con su singularísimo criterio a la crítica histórica, abre sendas desconocidas a los catedráticos especialistas.

A este propósito, cabe preguntar si en México hay especialistas en la enseñanza de la historia. Quienes se dedican a ello toman la cátedra como una simple ayuda para la existencia. Su especialización es muy relativa y casi me aventuraría a recordar su utilitarismo. En un tiempo, se establecieron cursos para especialistas en el Museo Nacional de Arqueología e Historia, y sus resultados fueron de los más halagadores, pues allí surgió toda una brillante pléyade de jóvenes educados en disciplinas científicas. Este ensayo fructífero se interrumpió por nuestras conmociones intestinas y ahora de nuevo se han establecido los cursos de especialización, porque los alumnos, sin ninguna perspectiva para el futuro y sin contar con la menor ayuda, prefieren encauzar sus actividades en busca del resultado práctico. No puede, pues, contarse con especialistas, y por ello los métodos de enseñanza de la historia en nuestros planteles de educación superior se hallan en plena anarquía.

Cada profesor emplea el que más se adapta a sus gustos y aficiones, sin importarle lo demás. Algunos aún usan el anacrónico sistema de los catecismos en que había preguntas y respuestas que el alumno debía meterse en el caletre; otros, desconociendo todo método histórico, no llegan jamás a lo que Monod llamaba buscar “la verdad más perfecta posible”.

Los métodos de enseñanza de la historia, en nuestras escuelas superiores, están sujetos, lamentablemente, al capricho de los profesores y a sus alcances intelectuales. Por regla general, se enseña la historia dramática como en los antiguos tiempos y sólo se pul-

sa lo que [Teófilo] Sanjuán denomina justamente “el latido patriótico, la cuerda épica”, como si la historia no se compusiera también de otras muchas cosas. Porque, como lo asienta un pensador, “la aspiración de cultivar el patriotismo con la enseñanza histórica condujo a todos los países civilizados a excesos lamentables” y fue necesario el más espantoso baño de sangre que ha sufrido la humanidad para que en estos últimos años se operara una saludable reacción contra tales tendencias y contra la “historia de batallas”. La hojarasca sentimental en que se ahogan múltiples figuras históricas nuestras, apenas si es apartada por ciertos profesores de historia que creen cometer una profanación al contemplar de cerca a los próceres. Otros, en cambio, desdeñan lo pasado hasta lo increíble, sin recordar esta hermosa enseñanza: “Deseémoslo o no, no podemos ver los hechos históricos del pasado sino a través del conocimiento que tenemos de los hechos históricos del presente”.

Por ello los métodos modernos de la enseñanza de la historia indican el acoplamiento de la “tradición y el porvenir”. La democratización de la ciencia, de que habla Xénopol, tiene también precisa aplicación en la actualidad, ya que es necesario, como recomienda un autor, no sólo hacer patriotas, sino civiles, y más que civiles, ciudadanos.

Ya en los actuales tiempos parecería ocioso hablar del método “mecánico, memorista y de pura abstracción”. No obstante, su afianzamiento es tal en nuestras aulas, que no es inútil recordar cuántos perjuicios acarrea a los educandos.

Muchos de los autores modernos rechazan que se obligue a los alumnos a usar determinado libro de texto. Altamira, por ejemplo, es uno de los que más ardientemente se pronuncian contra “la idolatría del libro”, y otros van más allá: “piden la supresión de las conferencias porque aducen que ellas equivalen a leer un texto”.

“La sujeción al libro, en historia, produce así, no sólo un estancamiento en la cultura, sino una desdichada aptitud para la credulidad en el público y una falta de rigor crítico en el profesorado”, arguye el propio Altamira, para concluir que con esta “fe en el historiador”, el profesor

falta completamente al verdadero fin de la enseñanza, que es la formación de la personalidad del alumno, el despertamiento de sus

cualidades originales representadas en la historia por el espíritu crítico, el absoluto respeto a la verdad y a lo real, la circunspección en el juicio y en la teoría, el apartamiento de toda anticipación no autorizada por la comprobación de los hechos.

Uno de los más bellos indicadores para la moderna enseñanza de la historia nos lo da Cousinet, citado por Martí Alpera, quien dice: “Se ha pedido que a la historia de los hechos de armas, de tratados, de gestos de los grandes hombres, suceda una historia de las cosas. Las cosas, se ha dicho, son internacionales y establecen lazos entre los diferentes pueblos”.

Esta tendencia informa la metodología histórica moderna; por más que se le juzga incompleta, pues que también hechos y personas del pasado “sirven de estímulo a la acción”.

Según Ortega y Gasset, la ciencia de la historia es “el intento de comprensión de las variaciones del espíritu humano”. Y, por ello, el catedrático debe tener presente ese principio en todos sus análisis.

Otro principio que también se recomienda es aquel de Lavissee que asienta que el profesor “no se contentará con hacer todo su curso; hará un todo de su curso”.

En este último habría que insistir en México, en donde el catedrático se ve constreñido a pasar precipitadamente sobre los sucesos para poder terminar en unos meses la historia de cuatro siglos, mientras que en Francia se destinan nueve años para la enseñanza de esa materia, sin contar los de especialización.

La recomendación del mismo Lavissee de que “sobre ninguna cuestión histórica debe un profesor decirlo todo en el colegio”, es de una gran importancia para nuestros maestros, que, muchas veces, no poseen el tino de la selección.

Hinsdale, citando al doctor Klemin, acerca de la enseñanza de la historia en Prusia, ofrece esta indicación de principios: “La aspiración deberá ser alimentar y fortalecer todas las potencias del alma, interés, emoción y volición”. El intelecto de los discípulos se aumenta familiarizándolos con los hechos históricos, ofreciéndoles comparaciones y haciendo distinciones, determinando la profundidad del juicio y la corrección de las conclusiones. El corazón de los discípulos queda influido por la enseñanza de la historia, porque se presentan muchas acciones y

motivos graves, sublimes, nobles y bellos, que producen placer y llevan al discípulo inconscientemente a la imitación. Como principio fundamental de la pedagogía, en materia histórica, un autor recomienda que se aproveche para la enseñanza acudir a las mismas cosas. “Hoy día —dice— se aprecia y se busca más una inscripción, un resto arqueológico, un pormenor indumentario, una moneda, que los párrafos de Estrabón y de Diodoro.” Y a pesar de este consejo elemental, nunca hemos visto por nuestro museo a ninguno de los estimables maestros de escuelas superiores conduciendo a sus alumnos a través de los salones en que nuestra historia conserva sus fuentes más abundosas.

García Villada, al hablar de los distintos métodos para la enseñanza de la historia, cita los siguientes: 1° el cronológico progresivo; 2° el regresivo; 3° el etnográfico; 4° el sincronístico; 5° el retrospectivo; 6° el genético; 7° el pragmático; 8° el de agrupación de material; 9° el biomonográfico; 10° el progresivo, y 11° el cíclico.

Como se ve por la anterior enumeración, el catedrático tiene donde escoger y a su buen tino y a su tacto pedagógico queda la elección de varios de esos métodos para no caer en el error de la enseñanza unilateral.

El propio García Villada recomienda para la enseñanza superior el método progresivo unido al etnográfico, al genético y al de agrupación y éste es en verdad el más adecuado a las tendencias actuales del pensamiento humano, porque, por medio de él, se trata la historia progresivamente en las clases, aludiendo primero a una raza o un pueblo determinados y después a los otros sucesivamente, en tanto que se hace ver al alumno “la trabazón de los hechos entre sí y su unión con los factores que los han condicionado y motivado”, sin perder de vista la ordenación de los elementos históricos, “teniendo presente su íntimo parentesco”.

No quiero tratar aquí lo relativo a las condiciones del maestro, a las que tanta importancia prestan algunos tratadistas, principalmente anglosajones, porque se presupone que los profesores reúnen las condiciones requeridas para impartir una buena enseñanza y que la historia y sus ciencias auxiliares no guardan secretos para ellos.

El maestro, en último caso, no debe olvidar esta atinada recomendación de uno de los más modernos tratadistas: “la didáctica



ca de la historia, como la de toda doctrina, no es un producto del libre arbitrio del maestro; radica en la estructura esencial de la propia doctrina y al mismo tiempo en la limitación del discípulo”.

Además, colocándonos en el terreno ya tratado de la falta de especialistas en México, pues que sólo contamos con felices investigadores, hagamos nuestras, en estas circunstancias, las palabras de un maestro tan experimentado como el profesor vallisoletano Teófilo Sanjuán, cuyo pequeño tratado *Cómo se enseña la historia*, es la última palabra en este asunto. Dice el profesor de la Escuela Normal de Maestros de Valladolid:

Nadie mejor preparado que el investigador de los hechos históricos para maestro de historia; nadie con más perspicacia eliminaría de la multiplicidad y variación de la vida humana los acontecimientos capitales y su curso y relaciones, ni con más tino y claridad mostraría el camino por donde ver y discernir la fluencia innumerable del tiempo pasado.

En resumen: los métodos modernos de la enseñanza de la historia rechazan el fanatismo del libro; condenan la “operación de la memoria”, repudian “el dogmatismo patriótico”, y “el egoísmo nacional” y se inclinan a recomendar la “mostración gráfica o de visión directa”, fundamental para estos estudios. Así se llegará a la “enseñanza total histórica”.